

Universidad Nacional Autónoma de México
 Instituto de Investigaciones Bibliográficas
 La reprografía de este material no implica la transmisión
 o el disfrute del derecho autoral de la obra.



JOSÉ G. MORENO DE ALBA

Sabemos que existieron en México importantes bibliotecas prehispánicas, que conservaban libros compuestos de tiras de cuero de venado pintadas y que fueron destruidas por el conquistador. Fray Juan de Zumárraga se encargó de quemar, en inmensa hoguera, buena parte de esos valiosísimos materiales pictográficos. A cambio, durante los siglos coloniales llegaron a la Nueva España muchos libros europeos y, sobre todo, llegó también muy pronto la imprenta, lo que permitió tener una propia y abundantísima producción de impresos. Fueron apareciendo asimismo las primeras bibliotecas a la manera occidental. Probablemente quien formó, hacia 1536, en estas tierras, concretamente en el convento de Tiripetío, la primera biblioteca europea fue fray Alonso de la Veracruz, quien sería después destacadísimo profesor de la Real y Pontificia Universidad de México, venerable institución, ilustre antecedente de la nuestra, a la que, a su vez, cabría el honor de abrir, en 1762, la primera biblioteca pública de la Nueva España. Curiosamente es el mismo Alonso de la Veracruz el autor del impreso novohispano más antiguo (1554) entre los que todavía conserva la Biblioteca Nacional. Puede decirse, además, que durante los siglos coloniales, cualquier convento tenía sus propios acervos bibliográficos. También hubo muchas bibliotecas de carácter privado. Entre ellas destacan la del obispo de Puebla, Juan Palafox y Mendoza, que todavía se conserva completa, las de Carlos de Sigüenza y Góngora, Fernando de Alva Ixtlilxóchitl y Sor Juana Inés de la Cruz.

Hacia mediados del siglo XIX eran cuatro las bibliotecas mexicanas que sobresalían de manera evidente: una era la biblioteca de la Universidad que conservaba, en 86 estantes, más de 9,000 volúmenes, entre los cuales destacaban muchos tesoros decomisados a los jesuitas en 1767. Otra era la biblioteca del Colegio de San Ildefonso, a la que se había incorporado la procedente del Colegio de Santos y que, en total, contaba por entonces con cerca de 20,000 libros. A un costado de la catedral de México estaba su biblioteca, también conocida como Turriana, en cuyos estantes se guardaban más de 12,000 piezas. A juicio de algunos, como

Miguel Belanzario, era ésta la mejor biblioteca mexicana de su tiempo, por la calidad de sus colecciones. Finalmente, conviene considerar, en este grupo, la biblioteca del Colegio de San Gregorio, que había fundado en 1845 Juan Rodríguez Puebla. La sociedad de ex alumnos de este colegio fue muy activa en lo que concierne a enriquecer su biblioteca. En 1853 su acervo llegaba a más de 5,000 ejemplares. Particularmente importantes eran sus colecciones de publicaciones periódicas. Esta biblioteca estuvo, hacia 1849, en el templo de Nuestra Señora de Loreto y, poco tiempo después, en San Jacinto, hoy barrio de San Ángel. A estos famosos cuatro repositorios hay que añadir las muy ricas bibliotecas conventuales. No disponemos de datos confiables sobre cada una de ellas; sin embargo su importancia puede deducirse del alto número de volúmenes, no menos de 100,000 que, provenientes sólo de las que pertenecían a conventos de la ciudad de México, se reunieron, primero en la Universidad y después en los sótanos de la Casa de Moneda y en el ex convento de la Enseñanza, para formar con ellos, años más tarde, la Biblioteca Nacional.

Hoy ciertamente son mucho más abundantes los materiales bibliográficos y hemerográficos que administra la Biblioteca Nacional, si se los compara con los que existían en el momento de su fundación. Se dispone asimismo de una moderna infraestructura para su mejor custodia y administración. Sin embargo, inexplicablemente, venía siendo objeto de olvido buena parte de sus más valiosas obras. Me refiero precisamente a las que forman el que se conoce como Fondo de Origen de la Biblioteca Nacional. Está constituido éste por las obras que desde la llegada de los españoles a México fueron acumulándose en las bibliotecas conventuales y universitarias de las que acabo de hablar y que vinieron a ser el primer importantísimo aporte para la creación de la actual Biblioteca Nacional. El olvido al que me refiero se manifestaba principalmente en dos aspectos: por una parte, carecía la mayor parte de esas obras de su necesario registro catalográfico y, por otro, muchas de ellas no tenían siquiera acomodo en nuestros estantes, pues, al no tener cabida en el moderno edificio que la Universidad inauguró hace unos diez años, algunas de ellas se hallaban sin el debido orden en la ex iglesia de San Agustín, mientras que otras muchas —aún más grave— seguían guardadas en cajas, sin que fuera posible su consulta por parte del investigador. Por lo que corresponde al primero de estos inconvenientes, desde el año 1992, se viene desarrollando, con éxito, el proyecto de catálogo del Fondo de Origen de la Biblioteca Nacional. Todo permite suponer que en 1994 se contará ya con un registro de esas obras que cumpla las especificaciones de la moderna bibliotecología.

Conviene no confundir este Fondo de Origen con otro que solemos denominar Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional. Éste está formado por unas 50,000 piezas, impresos y manuscritos, que a juicio de expertos

son particularmente valiosas, ya sea por su rareza, por su importancia histórica, por su belleza tipográfica, etcétera. El Fondo Reservado, obviamente, sí está catalogado y perfectamente ordenado. Sin embargo continuaba también, por la carencia de espacio en el edificio del Centro Cultural Universitario, en el antiguo edificio de la ex iglesia de San Agustín. Ese inmueble venerable, importantísimo para la cultura nacional, no sólo por su intrínseco valor artístico e histórico sino también por el invaluable servicio que había prestado a México, no estaba ya en condiciones de guardar tan valioso acervo.

Quizá convenga que me detenga un poco para, a manera de simples ejemplos, enumerar algunas de las joyas bibliográficas a las que estoy aludiendo. Eran, hasta poco, 171 los incunables que atesoraba la Biblioteca Nacional. Eran, digo, porque el maestro Jesús Ymhoff Cabrera —incansable investigador de este instituto—, recientemente fallecido, a quien todos recordamos con respetuoso afecto, descubrió, poco días antes de morir, un incunable más, que estaba encuadernado con otros impresos de fecha posterior. Son ya, entonces, 172 los incunables, es decir los impresos fechados antes de 1501, que conserva el Fondo Reservado. Proceden, en su mayoría, de bibliotecas de órdenes religiosas (agustinos, carmelitas, dominicos, franciscanos, jesuitas y mercedarios), de la Biblioteca Turriana y de la Universidad, tanto Nacional cuanto Pontificia. No faltan empero otros ilustres ex propietarios de estos incunables, antes de que pertenecieran a la Biblioteca Nacional, como el mismo Carlos de Sigüenza y Góngora. No tenemos ciertamente ejemplar alguno de los que técnicamente se conocen como paleotipos, esto es los anteriores a 1470, pero sí se cuenta con tres incunables del año 1472, apenas dos años después de esa fecha límite: uno de Paulus Bagellardus impreso por Bartolomé de Valdezoccho en Padua, otro de Robertus Caracciolus, impreso en Venecia por Vindelinus de Spira, y uno más de Franciscus de Platea, impreso también en Venecia por Bartolomeus Cremonensis. Entre los incunables de la Biblioteca Nacional destacan también, todos impresos en Venecia: una *Divina Comedia* de Dante, con comentarios de Cristóforo Landino y bellísimas ilustraciones, impresa en 1493 por Mateo Capcasa; las *Etimologías* de San Isidoro, que imprimió Juan de Colonia en 1491; el tratado *De ente et essentia* de Santo Tomás de Aquino, impreso por Juan Lucilo Santritter en 1488; tres obras de San Agustín, los *Sermones ad heremita* y el tratado *De Trinitate* (ambos por Paganinus de Paganinis, en 1487 y 1489, respectivamente) y los *Opuscula* (por Andreas de Bonetis, en 1484); la versión original latina de los *Diez libros de arquitectura* de Marco Vitruvio Polio, que en 1497 imprimió Simón Bevilacqua, etcétera. Estos 172 incunables, propiedad de la Biblioteca Nacional, fueron impresos en diversas ciudades europeas: Augsburg, Basilea, Bolonia, Brescia, Colo-

nia, Cremona, Estrasburgo, Florencia, Lyon, Mantua, Milán, Nuremberg, Padua, París, Parma, Pavía, Roma, Salamanca, Sevilla, Venecia...

Otro invaluable conjunto bibliográfico, que se encontraba también en la ex iglesia de San Agustín, es el que conocemos como Colección Mexicana, y que consiste en más de 2,000 impresos novohispanos, desde mediados del siglo xvi hasta 1821. Se suelen llamar incunables mexicanos a los impresos novohispanos del siglo xvi. Aunque por desgracia son pocas las piezas de este periodo que conserva la Biblioteca Nacional, por ello mismo representan para nosotros un tesoro bibliográfico de primera importancia. Se supone que fueron impresas en la Nueva España, entre 1539 y 1600 unas 250 obras. La Biblioteca posee solamente 22 de ellas, entre las que destaca, como la más antigua, la de Alonso de la Veracruz (*Dialectica resolutio cum textu Aristotelis*) que Juan Pablos imprimió en el año de 1554. Durante el siglo xvii puede pensarse que el número de impresos novohispanos fue cercano a los 2,000 títulos. La Colección Mexicana de la Biblioteca Nacional cuenta con 193 de ellos. Finalmente, de las aproximadamente 7,000 obras impresas en el México del siglo xviii son cerca de 700 las que atesora en el Fondo Reservado nuestra Colección de impresos mexicanos. Las demás, aproximadamente unas 300, corresponden a principios del siglo xix. Ahí podrá encontrar el estudioso primeras ediciones de Sor Juana Inés de la Cruz, de José Ignacio Bartolache, de José Joaquín Fernández de Lizardi.

Permítaseme dar algún ejemplo más del tipo de riqueza que conserva el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional, creado en 1963 por iniciativa de don Manuel Alcalá —cuando fue director—, e inaugurado por el presidente Adolfo López Mateos el 2 de agosto de ese año, en una bóveda de seguridad acondicionada en la antigua sacristía de San Agustín y que, cuando el lugar resultó insuficiente, se trasladó, en 1984, por iniciativa de la maestra Ma. del Carmen Ruiz Castañeda, a la sazón directora, al lugar que ocupaba hasta hace unos meses y del que salió para ser alojado definitivamente en el suntuoso edificio que en diciembre de 1992 se entregó a la Biblioteca Nacional. Pues bien, en la sección de manuscritos de ese Fondo Reservado se conserva, por ejemplo, un *Libro de horas* del siglo xiv; el histórico manuscrito denominado *Cantares de los mexicanos y otros opúsculos*; el *Códice Azcapotzalco*; el manuscrito de fray Juan Navarro, *Historia natural o jardín americano*; la *Tablatura musical* y la *Bibliotheca Mexicana* de Juan José de Eguiara y Eguren, entre muchos otros. Parte importantísima del Fondo Reservado es la *Colección Lafragua*, integrada por 1,580 volúmenes y más de 20,000 folletos, información valiosísima, particularmente para la historia de nuestra independencia. En ese venerable repositorio se conservan, además, muy importantes archivos, como los *Cedularios* coloniales; el *Archivo Franciscano*, constituido por 156 cajas con documentación relativa a la historia de la Provincia del Santo Evan-

gelio y a otros muchos asuntos; el *Archivo Juárez*, en donde podrán encontrarse testimonios invaluable sobre la situación política y militar del país entre los años de 1849 y 1872; el *Archivo de la correspondencia particular de Maximiliano* y el *Archivo Francisco I. Madero*, constituido por 2,440 documentos indispensables para la historia mexicana de los años 1909 a 1911.

Ahora bien, todo ese tesoro bibliográfico tiene, a partir de 1993, cabida en este espléndido nuevo edificio, que entregó la Universidad a la Biblioteca Nacional y donde también se guarda y se administra con escrupuloso cuidado, un nuevo Fondo Reservado: el de la Hemeroteca Nacional. Las más antiguas y venerables publicaciones periódicas —otro gran tesoro de la Biblioteca Nacional—, que hace poco indebidamente formaban parte del acervo hemerográfico general, tienen un mejor acomodo y seguridad en las nuevas instalaciones.

Quizá estas mal hilvanadas ideas ayuden a comprender la importancia del nuevo edificio anexo de la Biblioteca Nacional. Después de muchos años es posible volver a tener reunido, en un sólo inmueble, todo el acervo de la Biblioteca Nacional, hasta hace poco disperso. Además, se trata de instalaciones modernas que garantizarán tanto la seguridad de los materiales cuanto el mejor servicio al público, especialmente al investigador. Sobra decir que, además, la Universidad y el país adquieren con el edificio mismo una verdadera obra del arte arquitectónico. Sirva la ocasión para agradecer al arquitecto Orso Núñez, autor del proyecto, y a la diligente empresa Ingenieros Civiles Asociados, encargada de la construcción, su espléndido trabajo; a la Dirección de Obras de nuestra Universidad, en particular a su entonces director, el ingeniero Ricardo Ramírez, su permanente y sabia coordinación; al licenciado Mario Melgar, en ese momento secretario administrativo de la Universidad, su entusiasmo y su empeño. La comunidad académica y administrativa del Instituto de Investigaciones Bibliográficas, por mi conducto, desean agradecer al rector de la Universidad, doctor José Sarukhán, su interés, su sensibilidad, su decisión para ayudar a la Biblioteca Nacional, el archivo más importante de la inteligencia mexicana. El rector supo encabezar con la mayor dignidad a esta comunidad cuando le solicitamos al señor presidente de la República su urgente ayuda, quien de inmediato comprendió la trascendencia y justicia de nuestra petición. Hace poco más de un año tuvimos la suerte, con el rector de la Universidad al frente, de ser recibidos por el presidente de la República en su residencia oficial. En mi carácter de director de la Biblioteca Nacional tuve ahí el honor de manifestarle las carencias de esta benemérita institución y de solicitarle su intervención

para que el gobierno que preside asignara recursos para la construcción de un nuevo edificio. Hoy la Biblioteca Nacional cuenta ya con las instalaciones que requería. La comunidad universitaria, la del Instituto de Investigaciones Bibliográficas, la de la Biblioteca Nacional de México, seguirá cumpliendo cada día con mayor entusiasmo su noble compromiso con la Universidad y con el país.